

L
L
A
M
A
D
A



SINCERA A LA UNIDAD?

JUAN XXIII Y EL CONCILIO ECUMENICO

Vicente Zaforas, S. I.

EN el mundo católico el anuncio del futuro concilio ha producido una reacción entusiasta. Llena de deseo y esperanza. Toda la Iglesia abre su corazón con el Papa para abrazar en la unidad a los separados. El Espíritu Santo impulsa la espontaneidad del pueblo de Dios hacia la oración por la unidad. Con reavivada y anhelante ilusión católica.

De los no católicos se van haciendo públicas algunas impresiones. El problema de la unión con Roma es evidente que ha pasado entre ellos a primerísimo plano. No se puede aún hablar de respuestas a una llamada al Concilio, la cual ni se ha hecho todavía oficialmente ni se sabe cómo se hará. Hasta ahora sólo conocemos actitudes de diversos grupos o personas.

Entre estas noticias que van llegando a las hay positivamente esperanzadoras. Otras, no tanto

Piden sinceridad

El Patriarca ecuménico de Constantinopla habla, a raíz del mensaje navideño de Juan XXIII, de una acogida gozosa por su parte a "toda llamada sincera a la paz, venga de donde viniera, y particularmente, nótese bien, cuando esta llamada proviene de un centro cristiano como el de la antigua Roma" (1); interpreta la invitación de Juan XXIII "como una concepción clara de la necesidad de un encuentro de las fuerzas espirituales representadas por la Iglesia divinamente fundada por Cristo, no ciertamente en el estado de división y disensión en que ahora se encuentra". "Cada llamada a la unidad debe ir acompañada de esfuerzos y de actos indispensables y concretos que pongan en armonía las intenciones y los actos...". "Declaramos que estamos sinceramente dispuestos a aportar positivamente, con abundantes oraciones y súplicas incesantes de nuestra Iglesia ortodoxa por la paz de todo el mundo, nuestra colaboración, aun en los dominios más prácticos".

Con más reserva se expresa el metropolitano Antonio Bachir, Arzobispo de la Iglesia ortodoxa siria de Antioquía en la diócesis de New York: "Los pueblos orientales siempre han dado buena acogida a tales intentos *con tal de que fueran sinceros*". Agrega que una forma de conseguir la inteligencia sería volver a la unidad que existía antes del gran cisma de 1054, haciendo un estudio del dogma y de la doctrina entonces existente y prescindiendo de todo lo que en adelante ha dividido la cristiandad. "Pero si una de las partes quiere dominar a las demás, las iglesias orientales, seguro estoy, no lo aceptarán".

E. Dahlberg, presidente del Consejo Nacional de Iglesias de New York, de-

clara que todo lo que puede unir a las iglesias de Cristo ha de tener la bendición del Señor. "Pero ha de reconocerse que tiene que ser una reunión mutua y no en las condiciones que una de las iglesias establezca para todas las demás. Los protestantes no aceptarán ser considerados como cristianos separados que vuelven a la Iglesia de Roma".

¿Intransigencia y sinceridad?

Sería ingenuo no reconocer las grandes dificultades para la unión que prepunan estas actitudes. Ya que, para buscar la solución juntos, es preciso llegar a un común planteamiento del problema. Y es indudable que el que insinúa, por ejemplo, el metropolitano de New York, no puede jamás ser aceptado por la Iglesia católica.

Previendo quizás esta actitud "intransigente" de la Iglesia romana, los no católicos adoptan una posición de expectativa para comprobar "la sinceridad" de los intentos de unión procedentes de Roma (Cfr. lo que hemos subrayado en los testimonios transcritos).

Puede ser que también a algunos católicos inquiete esta acusación de insinceridad lanzada o por lanzar contra la Iglesia católica.

En efecto, los ortodoxos y protestantes expresan sus deseos de unión. La Iglesia católica, también. Pero ésta bajo condiciones que no están dispuestos a aceptar los separados, o al menos su mayoría. ¿Es sincera, por tanto, tal invitación de la Iglesia?

En verdad, lo mismo se podría preguntar a la inversa de los separados que se presentan con condiciones imposibles para la Iglesia católica, aunque hay que reconocer que, en un plano meramente humano parecen más equitativas. De todas maneras ¿habrá de concluirse esta tentativa de unión con la mutua acusación de insinceridad y la desilusión del pueblo cristiano? ¿A qué está dispuesta la Iglesia romana para conseguir la unidad? ¿Saldrá al encuentro o sólo recibirá, sin dar ella un paso

(1) Probablemente hay aquí una alusión al hecho de que Constantinopla ha sido conocida en la historia como Nueva Roma.

adelante, a los que se sometan a ser tratados como "cristianos separados que vuelven a la Iglesia de Roma"?

La sinceridad de Roma

Insincero sería ofrecer lo que no se está dispuesto a conceder en el último momento, o aceptar un procedimiento y no atenerse a los resultados. En este aspecto la posición de la Iglesia es patente, neta e inflexible. Nadie podrá llamarse a engaño. Todos saben y sabemos por adelantado lo que exige a la Iglesia el dogma católico del que es y se siente depositaria. Si la unidad —tesoro inapreciable (2)— hubiera de ser comprada por una partícula de dogma, la Iglesia es consciente de que no puede realizar tan "pingüe" negocio sin auto-aniquilarse en su sacrilegio. Y es dogma también que la Iglesia no muere... Ciertamente no aceptará jamás el radical procedimiento que insinúa el obispo sirio: echar por la borda todo lo definido desde 1054.

La unión a que aspiramos

La Iglesia no se presta a una unión cualquiera, sino a una unión cualificada y que intransigentemente —en este contexto no tememos la palabra— considera única posible. Postulada por la misma constitución divina de la Iglesia. Es la unidad en la verdad y en la obediencia. En la aceptación plena del dogma y en la sumisión a la autoridad suprema de Pedro viviente en sus sucesores los Romanos Pontífices.

A la unión federativa de diversas confesiones, la Iglesia ha mirado con buenos ojos en cuanto ha podido pensar que era un avance hacia la verdadera unidad cristiana. Sin embargo ella nunca se ha asociado en tales agrupaciones de iglesias para que nadie pu-

(2) Se pueden concebir dos modos de unidad; en el primero se traiciona el contenido de la fe por salvar la concordia de las voluntades; el segundo modo mantiene el contenido y reúne sólo a las voluntades que lo aceptan. Es claro que únicamente este segundo modo es inapreciable desde el punto de vista católico.

diese creer que aceptaba ser considerada como "una más" entre las sectas, aunque fuese con la constatación de sus especiales pretensiones.

Ni siquiera es admisible cualquier forma de unión en la que el Romano Pontífice quede reducido a un "primus inter pares" respecto de los demás obispos, pero sin una autoridad real sobre toda la Iglesia.

Ciertamente, el procedimiento que la Iglesia quizás ofrezca para las discusiones en el Concilio no admitirá —ni como hipótesis metodológica provisoria— la igualdad absoluta de todas las iglesias. El Concilio estará presidido por el Papa o sus representantes y ninguna conclusión tendrá valor si no es aprobada por él.

Es sinceridad el que no se oculte nada de esto al ofrecer la unión. Sinceridad en verdad cara. Porque lo peor es que el verdadero punto neurálgico, la clave de las dificultades para la unión está hoy seguramente, más que en ninguna otra cuestión dogmática o disciplinar, en esta primacía de Roma y en el dogma de la infalibilidad del Pontífice: en un terreno no apto para la elasticidad política de mutuas concesiones (3).

Acortando el camino

En último término parece desprenderse de lo dicho que la Iglesia no puede hacer nada para salir al encuentro de ortodoxos y protestantes. Y se nos hace duro, aunque no pensemos ya en insinceridad, reducir el llamamiento de nuestro Papa a una pura invitación a los descarriados. Salva la esencia de la Iglesia ¿qué se puede hacer, conceder, admitir para quitar obstáculos a la unión?

(3) Así se expresa D. O. R. en *Irenikon* XXXII (1959) 317, «*Le prochain concile et l'unité de l'Eglise*»: «La mayor parte de los no católicos juzgan la doctrina de la Iglesia romana sobre sí misma como una pretensión a una dominación universal incompatible con el Evangelio y en la que ven, mucho más que en cualquier otra cuestión dogmática, un obstáculo infranqueable».

Mucho. Prescindiendo de los medios estrictamente sobrenaturales (oración, sacrificio, etc.), el diálogo, dentro o antes del Concilio, podría barrer obstáculos nacidos de malas inteligencias o reducir a sus justas proporciones los que en realidad son inevitables.

Porque es un hecho que algunas de las dificultades cordiales de los separados se arraigan en una insuficiente penetración de la posición católica. Por ejemplo, primacía del Romano Pontífice no es lo mismo que absorción, centralismo ni mucho menos supresión en la práctica de la autoridad real y propia de cada obispo en su diócesis. Ni la infalibilidad del Papa deja sin sentido la misión de los concilios ecuménicos (4) ni niega tampoco la infalibilidad de la misma Iglesia en cuanto tal. La organización jerárquica hasta una suprema cabeza no desprecia ni sustituye el elemento sustancial de la comunión espiritual de todas las iglesias entre sí y de los miembros de cada una de ellas alrededor de su obispo. Quizás el diálogo obligue a los teólogos católicos a formular algunos aspectos de la doctrina cristiana con más precisión y con más atención al conjunto dogmático de lo que a veces se ha hecho en el calor de la controversia o en circunstancias históricas especiales. El diálogo puede llevar a esclarecer y a penetrar más plenamente algunos aspectos dogmáticos menos estudiados, penetración que no dejaría de ser un enriquecimiento del patrimonio teológico cristiano.

Pero además, aun manteniendo íntegro el dogma católico y sin entrar siquiera en terreno dogmático, una acti-

tud caritativa puede poner bálsamo en heridas viejas. Es un hecho, por ejemplo, que antes y después de la separación de los orientales, algunas personas con intervenciones desafortunadas y aun actitudes que podrían atribuirse a toda la Iglesia de Occidente pueden haber ofendido la conciencia de los hermanos separados. En este terreno la diplomacia informada por la caridad podría avanzar infinito. No es hora ya de achacarse responsabilidades mutuamente, sino de confrontar en espíritu de concordia las posiciones actuales, sobre la base de un amplio perdón mutuo, si fuese necesario. Y de ninguna manera estamos obligados los católicos a canonizar juntamente con las instituciones de la Iglesia, algunas ciertamente de cuño divino, los modos concretos de su realización histórica.

Otro campo amplio de acercamiento es el disciplinar y el litúrgico. Y pensemos que de él han surgido algunas de las diferencias seculares. Es evidente que la orientación de la Santa Sede es —cada vez más— de respeto máximo al espíritu de cada pueblo. Estamos en plena superación de un ansia unificadora (5) que miraba con sospecha pequeños o grandes grupos étnicos o nacionales, a los que resultaba arduo el acomodarse —para poder ser católicos— a formas jurídicas o espirituales propias del Occidente. Este respeto se extiende a antiquísimas formas litúrgicas, símbolo de lo que puede ser una perfecta unidad eclesiástica: diversas expresiones religiosas de un mismo Misterio, una misma fe, todas con entronque en las mismas fuentes de la revelación y en los mismos Padres de la Iglesia.

Optimismo prudente

Podemos, como resumen de todo lo dicho, sentirnos prudentemente optimistas. Existe una sincera voluntad de

(4) La misma convocación de Juan XXIII es una prueba de ello. ¿Quién no ve que la de los Concilios es una forma de magisterio, característica y enriquecedora, con toda la pujanza del Espíritu que asiste a los sucesores de los Apóstoles para que, oída la voz multimatizada de todas las iglesias, discernan infaliblemente la doctrina revelada? Es evidente que tienen un valor eclesial especialísimo, dentro de las actuaciones infalibles del Magisterio, las definiciones y exposiciones dogmáticas del Concilio de Lyon, Florencia, Trento o el Vaticano.

(5) El ansia unificadora de que hablamos puede ser efecto o de miras puramente humanas o de propósitos fundados en razones reales pero variables y aun transitorias por depender de circunstancias o de épocas históricas.

acercamiento y unión no sólo en Juan XXIII sino en la Iglesia. Existen sin duda también entre los separados muchos hombres, y aun colectividades, de buena voluntad, que buscan con sinceridad la voluntad de Jesucristo. Aunque las dificultades son ingentes, confiados en el poder de la gracia, pode-

mos esperar quizás más que aparatosas reconciliaciones, sinceras uniones, Hoy ningún poder humano presiona para que se realice la unidad. Pero precisamente por eso podemos confiar más en que estos acercamientos, que proceden de dentro y de abajo arriba, darán frutos perdurables.

